

# DIARIO BALEAR.

[VIÉRNES 14 DE SETIEMBRE DE 1832.]

La Ecsaltacion de la Sta. Cruz.

---

Sale el sol á las 5 y 48 minutos: pónese á las 6 y 12.

---

*Continúa el discurso del diario anterior.*

Esta es nuestra doctrina, respetables oyentes, la doctrina de la Religion, la doctrina de los españoles, la que sostuvieron nuestros sabios, la que defendieron nuestros campeones, la que siguieron los bravos que os han precedido á vosotros en la ilustre carrera de las armas, y que llevaron el pendon de Castilla á los mas remotos paises. ¡Cuánto pudiera yo decir os ahora en apoyo de esta doctrina! Pero ¿qué mas apoyo necesita que lo que estamos viendo y tocando en las revoluciones del presente siglo? ¿Me será permitido en este dia que en las circunstancias en que nos hallamos, y en desempeño de mi ministerio os diga yo lo que ninguno ignora? Si una filosofía presuntuosa y falaz, sublevándose contra nuestra doctrina y contra la Religion que la sostiene, pudo intentar desquiciar los tronos y conmover el edificio social con el trastorno de sus antiguas leyes, ¡qué torrentes de sangre y de desgracias no han subseguido á este horrendo atentado! ¡Qué escenas funestas no presenta su triunfo! Enroscadas las sierpes del abismo en las cabezas de verdaderos bandidos; usurpada la autoridad de los Reyes por sanguinarias turbulentas facciones; sublevados los hijos contra sus padres; rebelados los súbditos contra sus propios gefes: encarnizados los pueblos contra sus propios Príncipes; ferrozmente atacados todos los intereses, la propiedad, el honor, la Religion y la moral pública; profanados los templos del verdadero Dios; inmolados bárbaramente sus ministros, y cuantos se opusiesen á esta marcha espantosa..... ¿Necesitamos nosotros de mas fuerte argumento para afirmarnos mas y mas en nuestros principios para amar con empeño nuestras sabias leyes, para acojernos á su sagrado templo como á un templo de asilo?

¡Mas de cuarenta años van corridos sin que la nacion mas floreciente del mundo, la patria de tantos sabios, el centro de la civilizacion europea, atine á fijarse en un gobierno que la liberte de tantas convulsiones como frecuentemente la agitan! Y esto quiere decir para su desengaño, y tambien para precaucion nuestra, "que una vez desviados los pueblos de los principios eternos de justicia, es muy difícil el que vuelvan á ellos: que todas las teorías de los sabios son inútiles ó perjudiciales, cuando no se conforman con los designios de Dios; y en fin, que los hombres no pueden gobernarse sin un convencimiento interior que los una, y sin una fuerza exterior que los proteja." (1)

Este convencimiento le da la Religion, y esta fuerza, ó militares católicos, es la que os está confiada por el Soberano para la defensa de la Religion misma y de nuestras leyes combinadas con ella. Y ¿quién podria ser perjuro á un deber tan sagrado? Si la disolucion de otros pueblos, menos leales ó menos circunspectos, ha podido estenderse tambien á sus soldados, y si estos se han mostrado pasivos con escándalo en los grandes conflictos de su patria, ¿podria un tal ejemplo transmitirse á nosotros? ¿qué tenemos que ver con ellos? Es necesario pues que nunca prescindamos de la noble altivez si así puede llamarse, que en todos tiempos formó nuestro carácter, y que en todos tiempos nos condujo á la gloria: es necesario que no olvidemos

(1) *Y una fuerza exterior que los proteja.* Y no se crea que únicamente hablamos de la fuerza militar, ó del ejército, creada para mantener el sosiego interior de las naciones, y su defensa exterior contra sus enemigos: hablamos tambien de la fuerza de la opinion, ó la del espíritu público que es la principal fuerza de los pueblos, de lo que tenemos muy reciente experiencia. Cuando la fuerza militar de un Estado está en armonía con el espíritu público, es noble, valiente, considerada y apreciada del pueblo que libra en ella su sosiego. Pero cuando por un fatal extravío de ideas se separa de la opinion pública, caen la desconfianza y el desprecio, y de consiguiente está espuesta á que el mismo pueblo se subleve contra ella, en cuyo caso es necesariamente perdida. La guerra de la independenciamos da ejemplos de lo primero: la guerra de la revolucion nos los da tambien de lo segundo. Unido el ejército con el pueblo hizo prodigios de valor y se coronó de laureles contra las tropas opresoras que invadieron nuestro territorio: desviado el pueblo del ejército, que marchaba tal vez sin conocerlo contra sus sentimientos y los de la nacion, se resfrió, y se le vió dispuesto á recibir entre *vivas* y aplausos á los que poco antes le habian oprimido, solo por el objeto que los traia á España. En ninguna ocasion la fuerza del Estado será respetada y querida sino por su disciplina militar, por su austeridad, por su amor al Rey, y por su ciega obediencia á las leyes, á cuya defensa se consagra. El militar no tiene mas que hacer que obedecer al Rey y á los superiores que mandan en su nombre. Sin esta disciplina no hay orden; y los defensores del Estado son sus verdaderos opresores.

nunca que somos españoles descendientes de aquellos que tanto resistieron á las legiones romanas; (2) que tanto abatieron las lunas agarenas; (3) que arrancaron un mundo de en medio de los mares; que plantaron la cruz en remotos países; y que ni en su fortuna ni en sus adversidades han desmentido nunca su sumision á la iglesia, su fidelidad al Monarca, y su veneracion á las leyes.

¡Oh si yo pudiera franquearos ahora la hermosa galería de nuestros campeones! ¡oh y si yo pudiera recorrer sus hazañas por las brillantes páginas de nuestras historias! ¡Qué de proezas! ¡qué de ejemplos para estimular con ellos vuestra bizarría.....! Guzmanes, Córdoba y Mendozas: Leibas, Toledos y Moncadas: Corteses, Velazquez y Pizarros, héroes incomparables de la milicia española, ¿por qué no nos enviáis vuestra sombra? ¿por qué no nos comunicáis vuestro espíritu?

Pero no desconozcamos lo que aun somos por ocuparnos demasiado de lo que hemos sido. El espíritu de nuestros padres reside todavía en nosotros á la manera que residia en ellos. ¿En cuál época de nuestros fastos se halla mas bien comprobada la lealtad española, nuestra fortaleza y nuestra constancia, que en la última guerra de

(2) *Que tanto combatieron las legiones romanas.* Mas de doscientos años les costó á los romanos, á pesar de las ventajas de su disciplina, el poder fijar en España su imperio: cada una de nuestras provincias les oponia una resistencia feroz, como si se equilibrasen sus fuerzas con las de Roma. Cuarenta mil romanos, dice Lucio Floro (lib. 2), no eran bastantes para solos diez mil, y á veces cuatro mil numantinos, cosa que los tenia asombrados sin poder oír su nombre con serenidad (ibid.), y era tal el terror que nuestros españoles infundian á los romanos, que segun afirma Tito Livio (Decad. 3. lib. 6.) hubo tiempo que no se hallaba en Roma quien quisiese encargarse de la guerra de España.

(3) *Que tanto abatieron las lunas agarenas.* ¡Qué de ejemplos de valor y constancia no presentan los españoles en la heroica empresa de recobrar el trono de sus Príncipes y la libertad de su patria del poder de los sarracenos! El reinado de los Pelayos, Fruelas, Ramiros, Ordoños, Alfonsos y Fernandos ofrece una serie portentosa de hechos memorables que dieron por resultado nuestra absoluta libertad é independendencia, arrojando al Africa tan fieros enemigos; y las milagrosas batallas de Covadonga y del Viso, del Orbigio y de Simancas, de las Navas y el Salado; las encarnizadas derrotas de Mérida y la Rioja, de Jerez y de Coimbra; las portentosas rápidas conquistas de Córdoba, de Murcia, de Jaen y de Sevilla; la gloriosa ocupacion de Granada, de Tarifa, de Oran, de Argel y de Túnez serán testimonios eternos del valor español, que nos haga apreciar por siempre este trono y este territorio ganados por los esfuerzos de nuestros ascendientes; y esta Religión, bajo cuyos auspicios pelearon y vencieron tan repetidas veces.

nuestra independencia? El primer capitán del mundo (4) se echó sobre nosotros con inmensas legiones, y aquí vino á encontrar su precipicio: sus triunfadoras águilas tuvieron que abatirse: las naciones debeladas recobraron su aliento con nuestros ejemplos y con nuestro entusiasmo: cayó la estatua de Nabucodonosor, y el augusto trono de la legitimidad apareció mas sólido y brillante en esta nación indomable y guerrera (5).

(4) *El primer Capitán del mundo.* Napoleon Bonaparte pertenece ya á la historia y á la posteridad, y así no tenemos reparo en darle este título, considerándole como militar, en atención á sus empresas, y á la fortuna con que las dirigia hasta que vino á estrellarse en España. En octubre de 1808 entró en la Península, trayendo en calidad de mayores generales de su primero y segundo ejército á los mariscales Berthier y Jourdan. Su formidable fuerza se dividia de este modo: primer cuerpo de ejército al mando del Mariscal Victor, duque de Bellune: segundo al del Mariscal Soult, duque de Dalmacia: tercero al del Mariscal Moncey, duque de Conegliano: cuarto al del Mariscal Lefebre, duque de Dantzich: quinto al del Mariscal Mortier, duque de Treviso: sexto al del Mariscal Ney, duque de Elchingen: séptimo al del Coronel general Saint-Cyr: octavo al del Coronel general Junot, duque de Abrantes: la caballería al del Mariscal Bessieres, duque de Istria; y la reserva al del Mariscal Kellerman, duque de Valmy. De suerte que segun una relacion circunstanciada inserta en el *Thimes* de 17 de mayo de 1812, y por otras varias que hemos leído, resulta que dicha fuerza ascendia aproscimadamente al número de seiscientos mil hombres, contando los que entraron desde 19 de octubre de 1807 con Junot para invadir el Portugal, hasta el siguiente año de 1811: todos fueron aquí vencidos, bien que con el auxilio de las tropas inglesas. Pelearon los militares, pelearon los paisanos, pelearon los sacerdotes, pelearon las mugeres, todos pelearon; y se salvó la patria, y el Rey ha vuelto al trono.

(5) *En esta nación indomable y guerrera.* ¡Cuán glorioso no es para la nación española el ver consistir su principal fuerza en la honradez de su carácter y en la conformidad de sus principios! Un pueblo así no se conquista nunca. ¡Honor á su natural generosidad y á la Religion que nos ha dado el cielo! Estas son las verdaderas y sólidas bases del valor en que se afianza la defensa de nuestras santas leyes, cuya acción noble y animosa nunca debe estar mezclada con los bajos y rastreros motivos de fortuna ni de intereses pecuniarios. ¿Quién pone precio á su vida? «Nunca reputaremos por valientes, dice Julio Firmicio (lib. 8. cap. 13.) á los que trafican con su propia sangre!»

#### AVISOS PARTICULARES DE PALMA.

*Orden de la plaza del 13 para el 14 de setiembre.*

Gefe de día el teniente coronel D. Pascual de Lacalle, 2.º comandante del regimiento infantería de Soria.—Parada, rondas, contrarondas, capitán de hospital, provisiones y sargento de hospital Soria.

De orden del Sr. Gobernador de esta plaza—Juan Socies.